



«SUBA A VERME UNO DE ESTOS DIAS»

MAE WEST

DEMASIADO A RAS DE TIERRA PARA SER UN MITO



«**V**EO un hombre en su vida», dice una vidente a su cliente, después de consultar su bola de cristal, a lo que aquella responde, horrorizada: «¿Uno sólo?». Más adelante, en el mismo film, su criada negra dice a la protagonista: «Usted, en el fondo, es mujer de un solo hombre». «De uno cada vez, claro», es la réplica. Los dos diálogos pertenecen a «No soy un ángel», una película exhibida por TVE en su espacio «Cine-Club», de la segunda cadena. Una película que nos ha traí-

do, al cabo de treinta y cinco años, la imagen de uno de los personajes más fascinantes del cine americano. Porque Mae West, antes que una actriz, es un personaje, e incluso mucho más, ya que ella era la autora del guión y diálogos de los films en que intervenía, en los cuales la labor de dirección le correspondía igualmente, limitándose los realizadores a una función estrictamente técnica.

Llegada tardíamente al cine —había cumplido ya los cuarenta años— después de una prolongada carrera en los esce-

narios, donde comenzó encarnando a la pequeña Eva de «La cabaña del tío Tom», y donde había obtenido éxitos de escándalo como autora e intérprete de sus obras, que más de una vez le costaron pasar temporadas en prisión, su paso por las pantallas marcó una etapa importante, no continuada hasta mucho más tarde, en la evolución de los personajes femeninos. La mujer-objeto, característica no sólo del cine americano, dejaba paso, con ella, y a través de un fabuloso sentido del humor, a la mujer-sujeto,

capaz de llevar la iniciativa y de jugar con las ideas establecidas sobre la relación hombre-mujer con un absoluto cinismo. Ya en su primera película, en la que desempeñaba un breve papel, lanzaba una réplica de su cosecha que la ha seguido a todas partes, a través de los lustros. George Raft, al ver aparecer a Mae, exclamaba: «¡Dios, qué hermosos brillantes!», a lo que la West respondía con desdén: «Dios no tiene nada que ver con ello, prenda». Tan característica de su «personaje» se hizo la frase, que Mae West

la utilizó como título de sus memorias, publicadas en 1960...

En 1940, Mae West hacía su última aparición en la pantalla, junto al extraordinario cómico W. C. Fields, en «My little chickadee». Antes, aparte el primer film ya citado, «Night after night», había interpretado, escrito y «dirigido» una media docena de ellos, algunos adaptados de sus propias obras teatrales. El más famoso, al cabo de los años, sigue siendo «She done him wrong», versión cinematográfica de «Diamond Lil», la obra que siguió a la que la hizo definitivamente popular, «Sex», prohibida al cabo de un año de representarse en los escenarios. Mae impuso, físicamente, un tipo que iba en contra de las estilizadas figuras de la época, de las que eran prototipos Marlene y Garbo. Un tipo de curvas abundantes, de andares sinuosos y provocativos, de vestuario excéntrico, increíble. «La manera de vestirse actualmente es completamente desastrosa —declaraba la actriz—. Esta moda semimasculina es un horror, un horror heredado de la posguerra, de cuando las mujeres eran delgadas y lisas. Una mujer debe tener curvas. Y cuando una mujer entra en una habitación donde hay hombres, éstos deben saber que una mujer —La Mujer— está ahí». Precursora de Marilyn, por la que siente gran admiración, en sus declaraciones explosivas, Mae West aconsejaba a Greta Garbo: «No intente ser un enigma. Deje que los hombres sepan, de cuando en cuando, lo que piensa. Quedará sorprendida al ver con cuánta frecuencia piensan lo mismo que usted...». Y, en un consultorio femenino que llevó durante una temporada, decía: «Tenéis que haceros indispensables a los hombres, eso es lo que yo he hecho, y así he logrado conservar mis adoradores y mis diamantes». Con un descaro total, sin el menor asomo de sentido del pecado, hizo su «slogan» de la frase «Suba a verme uno de estos días», con el que, acompañado de un expresivo balanceo, cerraba sus actuaciones personales, y que es la última por ella pronunciada ante una cámara antes de que el letrero de «fin» aparezca en su film postrero. Después de abandonar el cine



Mae West, que daba consejos a Greta Garbo para abandonar su actitud de esfinge y que declaraba que ya estaba bien de que los hombres se vieran a régimen de mujeres flacas, no tuvo, sin embargo, inconveniente en posar al lado de Marlene Dietrich en su época de máximo esplendor. Después de abandonar el cine siguió actuando en teatros y «music-halls». Durante una de sus actuaciones, Chuck Krauser y Mickey Hargitay, entonces «Mister Universo» y luego marido de Jayne Mansfield, se pelearon en su camerino, y los tres debieron declarar ante los jueces...



MAE WEST



«My little chickadee» fue la última película de Mae West. En ella actuaba al lado de W. C. Fields, un fabuloso cómico hoy desaparecido y olvidado, al que se rindió un merecido homenaje en el último Festival de Berlín. El film, «dirigido» por Eddie Cline, era obra totalmente de Mae West, que escribió el guión y los diálogos.

—la ola de puritanismo que siguió a la primera época rooseveltiana no hacía fácil este tipo de cine, impregnado de un erotismo directo— siguió actuando en los escenarios y salas de fiestas. Todavía en 1954, con los sesenta años cumplidos, se presentaba en Las Vegas, rodeada de atletas en «slip», y cantaba: «Tengo algo para ustedes, señoras: hombres, hombres, hombres», terminando su actuación con el célebre «slogan», mientras iba repartiendo, entre sus compañeros de «show», llaves de su habitación y citándoles con intervalos de veinte minutos.

Ahora Mae West vuelve a ser noticia. No sólo porque el público español haya tenido ocasión de verla, de descubrirla casi a través de la televisión, sino porque se sigue especulando con la posibilidad de que se reincorpore a la actividad cinematográfica en el film que rueda Fellini, «El satiricón», aunque parece que la noticia no se confirma. El día de mañana, cuando se haga una recensión de las mujeres que han creado «personajes» nuevos en la pantalla, habrá que dedicar a Mae West la atención que merece y que, generalmente, no se le ha prestado. La que sirvió de modelo a Betty Boop, el dibujo animado «asesinado» por los censores de la época; la que dio nombre a los equipos salvavidas utilizados por los pilotos de la RAF en los últimos días de la última guerra mundial, no ha sido nunca, precisamente porque todo, en sus actitudes y su comportamiento, estaba absolutamente a ras de tierra, un mito. Lo que no impide que Ado Kyrrou, en su libro «Amour, Erotisme et Cinéma», diga sobre ella: «Mae West es un terremoto, un tornado, una admirable plaga, un fuego artificial, una explosión liberadora. En una sociedad en la que la mujer debe esconder su femineidad, o al menos hacer gala de una femineidad ficticia, Mae West fue "la que se atrevió"». Lanzada al cine, destruyó todas las reglas del buen comportamiento, todos los sacrosantos valores burgueses». No hay que extrañarse, pues, de que su carrera cinematográfica fuese breve. Ni de que sobre ella se haya hablado tan poco. ■ CESAR SANTOS FONTENLA. Fotos: Archivo TRIUNFO y C. S. F.